DOMINGO XXVIII TIEMPO ORDINARIO. CICLO A. CURSO 20/21

En estos tiempos de pandemia y crisis económica, consuela escuchar la primera lectura del profeta Isaías:

Preparará el Señor del universo para todos los pueblos,
en este monte, un festín de manjares suculentos,
un festín de vinos de solera;
(…)
Aniquilará la muerte para siempre.
Dios, el Señor, enjugará las lágrimas de todos los rostros,
y alejará del país el oprobio de su pueblo
—lo ha dicho el Señor—.

Es un anuncio del triunfo de Dios, de su Reino. Pasión a la que Jesús dedicará su vida y el tema del que más predicó, sobre todo usando parábolas. Hoy en el evangelio nos cuenta la parábola del banquete de bodas y la del hombre vestido indignamente.

En la primera Dios se compara a un rey que invita al banquete de bodas de su Hijo. Los primeros invitados rechazaron la invitación, porque sus negocios y tierras eran más importantes para ellos que la llamada del Rey. No solo rechazan la invitación, sino que además maltratan a los criados que el Rey les había enviado. Este grupo representa a los sacerdotes y ancianos del pueblo, a los que Jesús dirige esta parábola. Ellos maltrataron a los profetas y ahora están rechazando a Jesús mismo, que les propone participar del banquete del Reino, pero ellos no quieren entrar. Su soberbia, orgullo e intereses egoístas se lo impiden.

Jesús es el Hijo del Rey (Dios), que invita a seguirle. Porque en efecto, el seguimiento de Jesús, se parece a vivir en un banquete de bodas permanente. La alegría y el agradecimiento es el traje de fiesta que corresponde llevar para los que hemos aceptado su invitación.

El papa Francisco dice que El Espíritu Santo, “es el autor de la alegría, el Creador del gozo. Y este gozo en el Espíritu, nos da la verdadera libertad cristiana. Sin gozo, nosotros cristianos no podemos llegar a ser libres, nos convertimos en esclavos de nuestras tristezas (homilía en Casa Santa Marta, 31 mayo de 2013, ver en Aciprensa).

También nos recuerda que “el gran Pablo VI decía que no se puede llevar hacia delante el Evangelio con cristianos tristes, desalentados, desanimados. No se puede. Esta actitud es un poco fúnebre, ¿eh? Muchas veces los cristianos tienen más la cara de ir a un funeral que de ir a alabar a Dios, ¿no?”.

¿Cómo vivimos nuestro seguimiento de Jesús? ¿Cómo una carga pesada de cumplir, que nos agobia y asfixia? ¿O con actitud de alabanza, acción de gracias y alegría? ¿Llevamos el traje de fiesta o la ropa de andar por casa?

San Pablo en la segunda lectura aparece como aquel que supo llevar siempre el traje de fiesta. Alegre en toda circunstancia, en la abundancia y en la pobreza, porque su felicidad no dependía de circunstancias externas, sino solo de saberse amado por Cristo.

Queridos hermanos, Jesús nos invita hoy al banquete de bodas de su Reino de Amor. Vivamos siempre con el traje de alegría que corresponde a tan maravillosa invitación.

Mn. Antoni Reina